

Fecha 23.12.2008	Sección Al frente	Página 2
---------------------	----------------------	-------------



Deep Throat, 2

Los enigmas, como los mitos, son mejores con bruma. Hay cierto desencanto en la revelación de un buen secreto. Lo hubo cuando la revista *Vanity Fair* reveló la identidad de *Deep Throat*, el informante del caso Watergate para el diario *Washington Post*. Se trataba de quien era en el tiempo de las filtraciones, el segundo hombre de a bordo en el FBI, Mark Felt, muerto la semana pasada.

Nixon era un paranoico y un visionario. Reunía en un extremo al pillo y en el otro al estadista. Fue un personaje de contradicciones trágicas, tal como nos lo mostró Anthony Hopkins en la que es posiblemente la mejor película de Oliver Stone (*Nixon*, 1995).

Nixon sospechó, con certero instinto, que *Deep Throat* era Felt. La sospecha le fue confirmada por su jefe de gabinete, Bob Haldeman.

En una reunión del 19 de octubre de 1972, Haldeman dijo a Nixon: "Sabemos quién filtró". Nixon preguntó: "¿Alguien del FBI?". "Sí", contestó Haldeman, y dijo el nombre: "Mark Felt. Pero si nos vamos sobre él, contará todo. Sabe todo lo que hay en el FBI, tiene acceso absolutamente a todo". Nixon dijo, amenazante: "¿Sabes lo que le haría a este bastardo?". Pero no le hizo nada (Sally Quinn: "The Secret That Didn't Reach Washington's Lips". *Washington Post*, Jun 3, 2005).

Los equilibrios de poderes, escribió Madison, padre fundador de la democracia americana, deben diseñarse pensando en poner límites a los chicos malos (los *bad fellows*), ya que los buenos, por definición, se contienen solos. La clave es que los malos se vigilen y contrarresten entre ellos, y que sea caro para todos actuar mal.

En el bastidor de pasiones políticas y guerras burocráticas que son el trasfondo de Watergate, uno tiende a ponerse del lado de Felt y de los chicos buenos de la prensa.

Vista la película completa, lo cierto es que en la relación de Felt y el *Post* no hay grandes lecciones de transparencia pública. Sin embargo, los efectos duraderos del *affaire* fueron transparentar la vida pública estadounidense.

De las sacudidas de Watergate se desprendieron leyes para proteger a informadores, para regular campañas políticas, para cuidar la privacidad y para dar libre acceso a la información gubernamental.

Estamos frente a un buen ejemplo de la paradoja mayor de la política que desde Maquiavelo desvela a los moralistas: medios deleznable, como la complicidad de periodistas ambiciosos con informantes secretos, pueden conducir a fines buenos, como el control público sobre la continua conspiración de grupos que es la materia misma de la política. ■■

acamin@milenio.com

